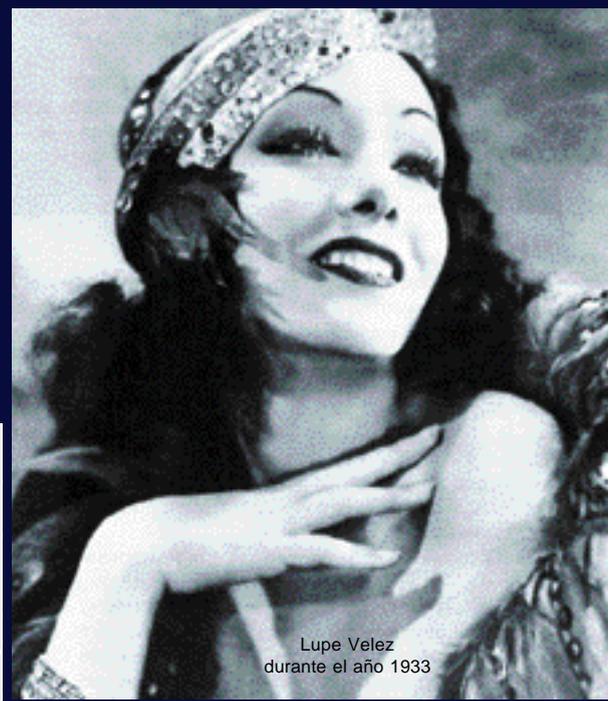


# Nuevas islas y fronteras: la literatura caribeña de la emigración

Margarita Mateo

(...) La isla  
tira de mí con tenue hilo  
de estrella  
y yo también me voy  
borrando en ella,  
en su memoria, en su  
llamado.

Noel Luna, Eros/Ion.



Lupe Velez  
durante el año 1933

Cruce de caminos entre América y Europa, y a la vez, centro geográfico del Nuevo Mundo, el Caribe constituye, paradójicamente, una de las zonas más marginadas y periféricas del hemisferio americano. Esta posición en el mundo ha sido el resultado de intensos procesos colonizadores vinculados, a su vez, con los flujos migratorios que han marcado radicalmente la historia y la cultura de la región. Sin dudas, el espacio Caribe constituye una zona sumamente compleja, muy difícil de cartografiar en los mapas –geográficos, cognitivos–, pues sus fronteras –cambiantes históricamente– parecen diluirse para tornarse vagas e indefinidas. En estos finales de siglo, con la impresionante fuerza que ha alcanzado el fenómeno de la emigra-

ción, el Caribe tiende a expandirse para penetrar el centro –no geográfico, sino de poder–, formando nuevas islas en plena tierra firme. Los núcleos de emigrantes caribeños asentados en los Estados Unidos están inmersos en una complejísima problemática a la que es posible acercarse a partir de algunas de sus expresiones literarias.

La búsqueda y afirmación de una identidad propia que defina el perfil cultural e histórico de una región en su relación con el mundo ha sido uno de los temas más reiterados de la literatura caribeña. Durante el siglo XX esta temática, lejos de perder vigencia en el Caribe hispano parlante luego de las luchas por la independencia nacional del siglo pasado, mantuvo una inusitada vigencia a través de nuevos motivos



Salvador Dalí con Laurence Oliver  
en Nueva York

recuperación de la historia o la experiencia de la emigración. Esta última expresión es particularmente intensa en cuanto al planteamiento de algunas interrogantes sobre la identidad del sujeto que pasa a residir fuera de las islas, e incluso, como intento de reafirmación de una cultura que ha perdido el contacto cotidiano con sus fuentes originarias. De este modo el tema de la identidad —que suele presentarse con mayor fuerza en la medida en que esta se ve amenazada y son violentados los códigos sobre los cuales se asienta— alcanza una notable vigencia en la literatura del Caribe en la segunda mitad del siglo XX, a raíz de la fuerza que adquiere entonces el fenómeno de la emigración.

Piénsese, por ejemplo, en el caso de Puerto Rico, que a partir de la Segunda Guerra Mundial fue testigo de un boom migratorio y contaba hace ya algunos años con más de un tercio de su población en los Estados Unidos. Actualmente, residen en Nueva York más puertorriqueños que los que viven en San Juan.

Aunque en cada una de las áreas que integran el Caribe el fenómeno de la emigración tiene motivaciones y repercusiones de diferente signo, e incluso, el contexto cultural e histórico difiere notablemente en cada una de las islas —desde un país neocolonial como Puerto Rico, sometido a un

que la distinguieron de la literatura anterior.

De muy diversos modos aparece representado en la literatura caribeña el problema de la identidad, siempre en estrecha relación con otras temáticas o motivos como la recreación del mundo de la infancia y la adolescencia, la revalorización de las raíces culturales, la

intenso proceso de penetración cultural, hasta una nación como Cuba, donde se ha intentado llevar a cabo un proyecto de justicia social que incluye como punto clave la defensa de los valores de la cultura nacional— pueden advertirse importantes elementos comunes y amplias zonas de confluencia ante una problemática similar.

La temática de la emigración adquirió una presencia notable en el siglo pasado cuando, al calor del fortalecimiento de una conciencia nacional, el artista se vio obligado a partir del suelo natal por razones de tipo político. Baste recordar que la más decantada tradición de la literatura cubana abre y cierra su historia del siglo XIX con la obra de dos grandes emigrados: José María Heredia, en sus inicios, autor del estremecedor Himno del desterrado y José Martí, hacia sus finales, con versos de intensa nostalgia por la isla añorada.

Las nuevas vivencias de sujeto en un espacio ajeno propician el surgimiento de una mirada diferente sobre el país natal: la rememoración, la nostalgia, la idealización del paisaje evocado, la recuperación del pasado a través de la memoria, son tópicos reiterados en esta literatura. La estancia prolongada en tierras extranjeras acentúa la búsqueda de una identidad amenazada desde sus más hondas raíces, al perderse el contacto con el espacio cultural que la nutría. La mirada nostálgica sobre la región natal desde la perspectiva de un país ajeno conduce, en muchos casos, a la idealización del espacio insular, ahora Atlántida, paraíso perdido, última Thule a la que se aspira a regresar para recuperar un centro desplazado por una identidad que tiende a diluirse en un mundo extraño. Desde esta perspectiva Ardiente suelo, fría estación (1960) de Pedro Juan Soto constituye un excelente ejemplo de uno de los motivos más reiterados de la temática de la emigración: el regreso. Más, lo que distingue la novela del narrador puertorriqueño es que este motivo no es presentado desde la perspectiva quimérica de quien aspira al retorno, sino desde la experiencia de quien, con el regreso, no ha logrado sino acentuar su desarraigo:

La pregunta es ésta -le interumpió. Si acá soy un americano, un gringo, un yanqui, y allá soy un Puertorican, un spik, entonces ¿qué demonios soy, Jacinto? What am I, really? Who am I? And where, Jacinto, do I belong?

Las preguntas que se hace el protagonista de la novela -quién soy, a

dónde pertenezco- son fácilmente reconocibles como un leitmotiv de la literatura caribeña en tanto expresión de la búsqueda de una identidad propia, solo que ahora son formuladas a partir de la experiencia concreta, no solo de la emigración, sino de las huellas que ésta deja en el hombre que ha regresado a las islas y se autodescubre en su diferencia.

De un modo similar, la cubana Lourdes Casal, expresa en su conocido poema Para Anna Veltfort el desarraigo esencial de quien se sabe dividido inexorablemente entre dos espacios y dos culturas:

(...)

como ya para siempre permaneceré  
extranjera,  
aún cuando regrese a la ciudad de  
mi infancia,  
cargo esta marginalidad inmune a  
todos los retornos,  
demasiado habanera para ser new-  
yorkina,  
demasiado newyorkina para ser,  
—aún volver a ser—  
cualquier otra cosa<sup>1</sup>.

De la propia tradición literaria de la emigración, a partir de la experiencia prolongada en un país ajeno, surgen nuevos motivos que tienden a atenuar el tono nostálgico. La imperiosa necesidad de adaptación a un nuevo entorno, la dinámica de adecuaciones que exige la inserción en un contexto diferente, tienden a ocupar una mayor atención. No es difícil advertir cómo, entonces, la búsqueda angustiosa de la identidad se acrecienta y adopta tonos más intensos. El afán de definir un ámbito propio subrayando las peculiaridades -la diferencia- cede paso a la necesidad de hallar los signos comunes que doten de sentido la experiencia de desarraigo y pérdida. Si bien, por una parte, como se ha visto, pueden exaltarse las raíces culturales y el espacio insular que las impulsa, no es causal que también se advierta una apertura hacia otros grupos de emigrados, provenientes principalmente de la misma región, lo cual tiende a fortalecer la emergencia de una identidad intercaribeña más amplia. En Harlem todos los días (1978) de Emilio Díaz Valcárcel, por ejemplo, esta rela-

ciones entre emigrantes antillanos aparece reflejada con bastante intensidad.

Igualmente se advierte en estas obras una conciencia de la especificidad que presenta el texto literario de la emigración, condicionado por un contexto cultural también muy peculiar. En el caso de la literatura escrita por los hispanohablantes en los Estados Unidos aparece como tópico reiterado el problema de la lengua –el *espanglish*, el *nuyorican*, el *ingleñol*, el *bilingüismo*– que distingue este conjunto literario. De hecho, la literatura de la emigración presenta peculiaridades desde el punto de vista de su recepción, no solo por las características del espectro lingüístico que pone en juego, sino debido a las especificidades mismas de la dinámica cultural que presenta.

Sobre la situación lingüística del emigrante puertorriqueño, por ejemplo, ha explicado Manuel Maldonado Denis:

(...) nuestros hermanos puertorriqueños en los Estados Unidos –pero sobre todo las generaciones más recientes– no tienen un dominio elemental ni del español, ni del inglés. Se dice a menudo que es porque son bilingües, pero la aseveración es solo parcialmente cierta. Si por bilingüe quiere decirse una persona que habla con fluidez dos idiomas, entonces definitivamente este no es el caso de los puertorriqueños que viven en los Estados Unidos<sup>2</sup>.

En el caso de Puerto Rico esta problemática afecta también, aunque en menor escala, a la población de la isla, debido a la fuerte influencia del idioma inglés como parte del proceso de neocolonización llevado a cabo allí por los Estados Unidos. En *La generación del O Sea*, Luis Rafael Sánchez hace referencia a este problema en los siguientes términos:

La vacilación nominativa, la recurrencia a la piedad del O SEA, traductor de un pensamiento que jamás se efectúa, la sustitución de las palabras reales por los términos de grotesca manufactura como el DESO, la DESA, el COSO, el COSITO ESE, la COSITA ESA, la VAINA ESA, que

el APARATICO QUE ES COMO UNA COSITA REDONDITA, participan de una explicación rasa: la educación ambivalente colonizada y colonizadora en los niveles simultáneos del hogar y la escuela<sup>3</sup>.

La experiencia de aprendizaje que implica la emigración conduce inevitablemente a un reajuste de valores y a una metamorfosis ineludible del sujeto que pone énfasis en la apertura hacia el nuevo espacio cultural y humano. Si la nostalgia, la remembranza, la despedida y el regreso habían caracterizado esta temática en una primera generación de emigrantes, ahora el énfasis recae en la dinámica de inserción en un nuevo contexto. En la medida en que el escritor trata de integrarse al nuevo espacio socio-cultural que habita, comienza a tener lugar un proceso de adecuación de los puntos de referencia que hasta entonces habían orientado su escritura. Si en las manifestaciones literarias de los primeros emigrantes el mundo representado se había modelado principalmente sobre un centro básico –la patria real–, a partir del cual se definían los enfoques, la escala de valores y los puntos de vista que permitían organizar la visión de países y culturas extrañas, ahora ese centro comienza a desplazarse hacia un nuevo registro que surge de la integración al espacio ajeno. Este fenómeno, desde luego, es particularmente notable entre los escritores de una segunda o tercera generación de emigrados.

No se trata, sin embargo, de que estos autores nieguen una herencia cultural que tiende a fortalecerse y actualizarse con la llegada de nuevos grupos de emigrantes. Por el contrario, ese núcleo original constituye la base primordial de la nueva identidad cultural que se va forjando en un país diferente a través de un complejísimo proceso de transculturación. No obstante, aunque partan de un sustrato originario común, el énfasis de estos textos se orientará hacia la vida en el contexto, antes nuevo, ahora cotidiano, que propone incesantemente nuevos retos. Un modo de responder a estas exigencias sin renunciar a las raíces que distinguen las nuevas expresiones literarias, es que-

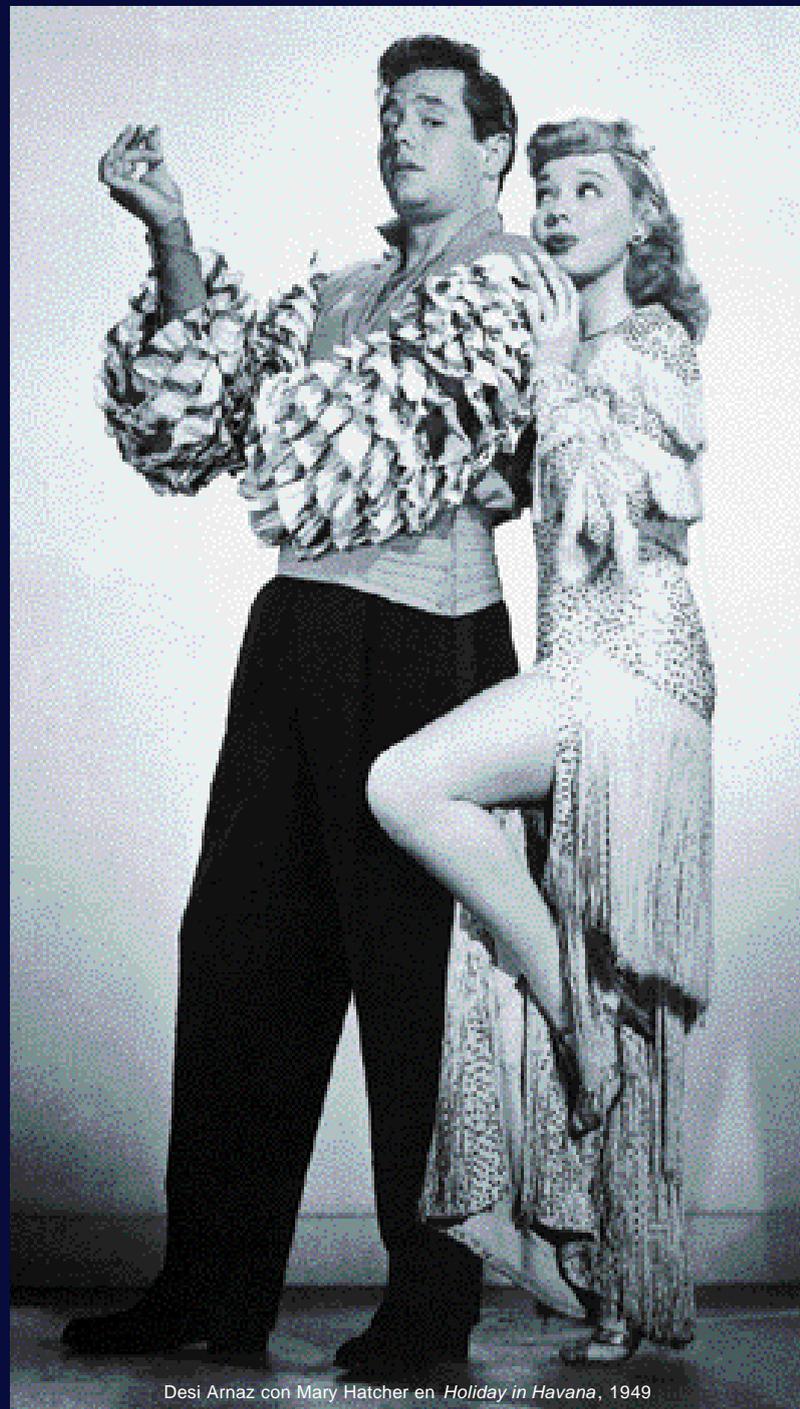
brar la perspectiva insular, antes dominante, para adoptar un nuevo punto de vista. En los siguientes versos, Miguel Piñero adopta una postura que tiende a desmitificar la idea sublimada del regreso –un afán que trascendía incluso la posibilidad de la muerte, cuando el emigrante aspiraba a que sus restos reposasen en la tierra natal<sup>4</sup>- para reafirmar su inserción en un sitio que tampoco es el país donde se vive, sino, en el seno de éste, aquel espacio cultural donde se ha ido forjando una nueva identidad:

This concrete tomb is my home  
 I don't wanna be buried in Puerto Rico  
 I don't wanna rest in Long Island cemetery  
 (...) so please, when I die  
 don't take me far away  
 keep me near by  
 take my ashes and scatter them  
 thru out  
 the Lower East Side.<sup>5</sup>

Con una orientación similar hacia los países de origen, la literatura caribeña de la emigración en los últimos años tiende a inclinarse hacia la representación del cambio inevitable del sujeto en su nuevo entorno. Mas no hay que olvidar que la experiencia de la mayoría de los emigrantes caribeños en los Estados Unidos –incluso en el caso de la emigración cubana, que ha contado con numerosos privilegios para su inserción en ese país- ha estado dolorosamente marcada por una experiencia de rechazo y de profundas contradicciones con los nuevos códigos socioculturales. De este modo no es de extrañar que en propio territorio norteamericano surjan nuevas islas: cotos de inmigrantes, espacios cerrados por fronteras culturales bien definidas, enclaves insulares que reafirman una peculiar identidad en zonas periféricas ubicadas en el propio centro.

No debe desconocerse, por último –aunque estas expresiones han sido tradicionalmente poco estudiadas- que el tema del exilio también deja su impronta en la literatura escrita en las islas.

Ya José Lezama Lima, por ejemplo, hacía referencia en 1947 a la emigración artística como un importante



Desi Arnaz con Mary Hatcher en *Holiday in Havana*, 1949

signo de desintegración de la cultura nacional:

...no se trata del artista que en su adolescencia cierra sus valijas y va a anclarse en otro paisaje cultural, en momentos en que su sensibilidad necesita de esa dilatación. Sino todo lo contrario, de quien está en momentos de apresar, de perseguir en variantes y laberintos una realidad, por no poder cumplir entre nosotros los más elementales modos del vivir cotidiano, de lo necesario perentorio, y se ve condenado a un destierro infructuoso, a llevar su nostalgia por los museos

de cera y a pasearse por paisajes que para él serán de alambre y de nieve forrada de algodón<sup>6</sup>.

La partida –desde la perspectiva no del que emprende el viaje, sino de quien permanece, la nostalgia por quienes se han marchado, la separación, y algunas de sus consecuencias como la desintegración familiar, el sentimiento

de pérdida y también de identidad amenazada por la diáspora son motivos reiterados en la literatura insular. Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento de Epístola a José Luis Ferrer (De La Habana a Miami) del cubano residente en la isla Jorge Luis Arcos:

La diáspora como la muerte eterniza los sentimientos  
Pero todos hemos sido arrojados a una playa desierta  
Porque todos vivimos en una isla

Todos llevamos una isla dentro  
Mirar hacia la

noche y saber que es la misma para todos,

Es acaso un extraño consuelo o íntimo pavor

(...) La diáspora como la muerte interrumpe la conversación<sup>7</sup>.

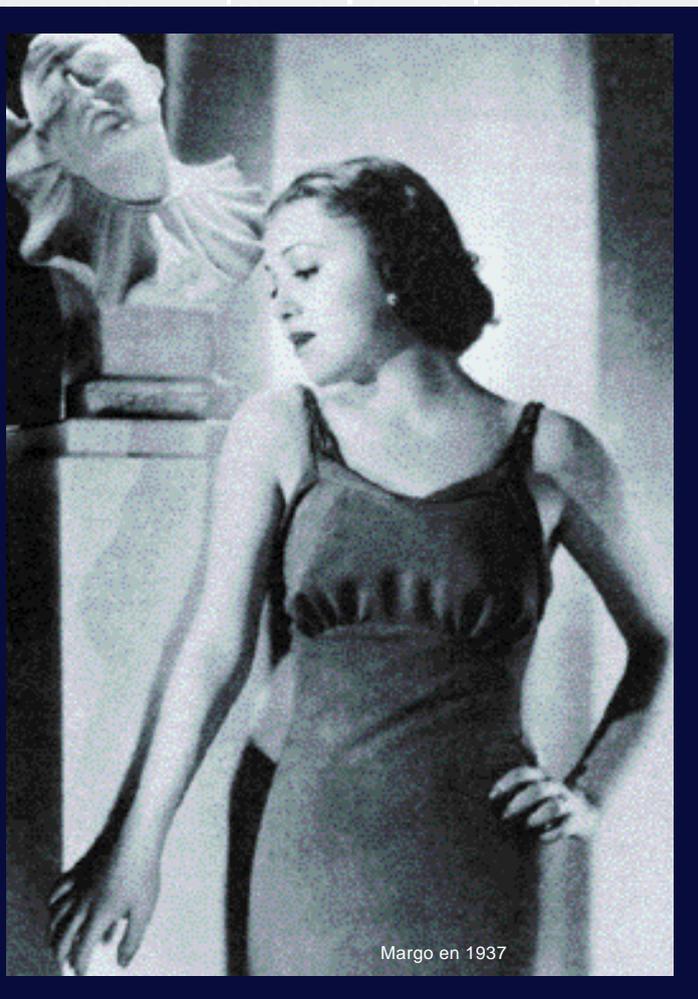
La más reciente literatura cubana ofrece importantes muestras del tema de la emigración presentado desde la perspectiva de los creadores que permanecen en las islas. Ejemplo de ello son los diversos relatos de los novísimos narradores que abordan los traumáti-

cos sucesos que tuvieron lugar en la isla cuando la emigración masiva por el puerto de Mariel, la dramática suerte de los balseros, el reencuentro con los que han regresado temporalmente al país y otras muchas aristas del tema de la emigración, que no excluye la fabulación en torno a las experiencias del emigrado en un país extranjero.

Igualmente en la literatura dominicana –por ejemplo en *Curriculum*, síndrome de visa de Marcio Veloz Maggiolo o en algunos personajes de *Solo cenizas* hallarás de Pedro Vergés –este tema aparece con frecuencia. La presencia de esta temática en la literatura caribeña da fe de que la emigración continúa siendo un problema que atañe directamente a las culturas nacionales, aun cuando, como sucede en el caso de Cuba, el contacto e intercambio con los escritores residentes fuera del país sea prácticamente inexistente y su literatura apenas conocida en la isla.

Cabría entonces preguntarse hasta qué punto estas expresiones literarias –aun cuando se trate de la obra de autores de una segunda o tercera generación de emigrados, escritas, incluso, en otra lengua– pueden considerarse parte integrante de la cultura original y ser objeto de estudio en ese contexto literario. En mi opinión, subestimar la literatura de la emigración a partir de criterios demasiado rígidos sobre la identidad cultural implicaría también desconocer la existencia de un fenómeno histórico muy concreto –que más allá de la voluntad de cada quien– presenta una importancia indudable para una cultura nacional. Los criterios hartamente cerrados y puristas en torno a las expresiones culturales desde el punto de vista de su filiación nacional no se corresponden con la dinámica histórica propia de las sociedades caribeñas ni con el carácter esencialmente abierto a la recepción e integración de grupos étnicos y culturales diferentes.

De hecho, la capacidad de adaptación y adecuación a nuevas circunstancias es uno de los rasgos básicos de la cultura caribeña, forjada a través de un intenso intercambio con culturas diferentes en un complejo proceso de transculturación.



Margo en 1937

No está de más recordar que, partiendo de valoraciones inflexibles sobre las literaturas nacionales o regionales hubo quien excluyó la obra de Claude McKay, de más de un estudio de la literatura jamaicana por considerarlo un escritor ajeno, por no mencionar la tradicional exclusión de Saint John-Perse de la poesía caribeña.

Al mismo tiempo, no debe olvidarse que las expresiones literarias de la emigración también llegan a formar parte de las emergentes minorías nacionales en los Estados Unidos, generalmente como formas de resistencia y búsqueda de alternativas a la cultura oficial. Por otra parte, algunos de los textos escritos por emigrantes caribeños han logrado una importante aceptación por parte de la crítica estadounidense y son también susceptibles de ser estudiadas en el contexto de las expresiones literarias norteamericanas. Un ejemplo de ello lo constituyen textos como *Los reyes del mambo* (tocan canciones de amor, premio Pulitzer en 1990) y *Sóñar en cubano* (Libro Notable del año de 1992) de dos cubano-americanos, Oscar Hijuelos y Cristina García, o *En el tiempo de las mariposas* de la escritora de origen dominicano Julia Álvarez, Libro Notable del Año en Estados Unidos en 1995, todos escritos originalmente en inglés. Esta dualidad, sin dudas, también plantea una complejidad desde el punto de vista del estudio de este conjunto literario.

Finalmente, pienso que el concepto mismo de identidad cultural debe ser redefinido en los finales de este siglo y tornarse más abarcador y abierto, como uno de los modos de dar respuesta a los retos de la historia y a las nuevas problemáticas surgidas en estas últimas décadas. En la reivindicación postmoderna de lo periférico y lo marginal podría situarse la tendencia a recuperar las voces de esa literatura del desarraigo, situada entre dos aguas, tanto en el viejo como en el nuevo contexto donde se inserta. Que su destino sea irse diluyendo paulatinamente en un mundo diferente parece inevitable, pero mientras tanto, es una expresión aún muy vinculada con sus orígenes.

Se trataría, entonces, de la posibilidad de lidiar con nuevas realidades

-históricas, demográficas, culturales, literarias- que desdibujan los viejos mapas, cuando las islas se proyectan hacia el centro, violentando los límites de la periferia. Islas que se repiten, en el mar y en tierra firme -pues la condición insular parece rebasar la exigencia de estar rodeada de aguas por todas partes para aceptar otro tipo de fronteras-, el Caribe presenta una condición que trasciende sus coordenadas geográficas para constituir enclaves insulares en pleno territorio continental.

<sup>1</sup> Lourdes Casal: "Para Anna Velfort" en *Las palabras son islas* (comp. Jorge Luis Arcos). La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999, pp.362-363.

<sup>2</sup> Manuel Maldonado Denis: *En las entrañas: un análisis sociohistórico de la emigración puertorriqueña*. La Habana, Casa de las Américas, 1976, p. 140.

<sup>3</sup> Luis Rafael Sánchez: "La generación del O Sea" en *Claridad*. San Juan, 23 de enero de 1972, p.22.

<sup>4</sup> Resulta interesante conocer que existe actualmente en Miami una lucrativa empresa funeraria que traslada mensualmente a Cuba entre 20 y 30 ataúdes con los cuerpos de cubanos fallecidos en los Estados Unidos. Miami.

<sup>5</sup> Apud: Nina Menéndez: "En-clave cultural: la comunidad puertorriqueña en los Estados Unidos y su expresión poética" en *Anales del Caribe*, n.3, 1983.

<sup>6</sup> José Lezama Lima: *Imagen y posibilidad*. La Habana, Letras Cubanas, 1981, pp. 192-3.

<sup>7</sup> Jorge Luis Arcos: *De los ínfimos*. La Habana, Ediciones Unión, 1999, pp.37-38.